

LOHENGRIN

7º

Al morir el príncipe de Brabante sus dos hijos, la princesa Elsa, adolescente, y el pequeño Godofredo, quedaron bajo la tutela de su pariente el conde Federico. Los dos hermanos juntos jugaban en el bosque. Elsa, silenciosa, con los ojos fijos en el mar, soñaba con el amor, y se lo imaginaba en figura de un caballero rubio, armado de brillante armadura, y que avanzaba por el mar en un barco tirado por un cisne. De ese modo Elsa solía dar rienda suelta a su imaginación, y permanecía largas horas callada, sentada sobre la hierba, con los ojos fijos en el mar, por donde el misterioso caballero había de aparecer con su barco encantado.

Un día la sorprendió así la noche en el bosque, entregada a sus sueños, y no se dio cuenta hasta que se vio envuelta en sombras. Llamó a su hermano para volver al castillo; pero el niño no contestó a su llamada. Lo buscó inútilmente, y lo llamó a gritos, corriendo por todo el bosque. El niño había desaparecido, y fueron vanos todos los esfuerzos y búsquedas que se realizaron en todo el país para dar con su paradero.

El conde Federico lloró la pérdida del niño, y compadecía en su corazón a la pobre Elsa, que desde aquel día vivía sumida en constante dolor, encerrada en el silencio, apartada de la gente.

Federico estaba casado con una hechicera perversa, Ortrudis, que empezó a sembrar la duda más amarga en su pecho, diciéndole que la princesa Elsa había arrojado al mar a su hermano para heredar ella sola el trono de Brabante.

Mucho le costaba al conde dar crédito a tan horrenda acusación; pero Ortrudis amontonaba sospechas contra la joven día tras día, haciéndola objeto de las más viles calumnias, hasta que consiguió llenar de odio al corazón de Federico, quién decidió acusar públicamente a la princesa Elsa de la muerte de su hermano.

En una ancha pradera, a orillas del río Escalda, frente al mar, está sentado el rey Enrique de Alemania bajo la frondosa encina a cuya sombra se administra justicia. A su lado, los condes y los nobles feudales, y enfrente el pueblo de Brabante, agolpado en semicírculo. El conde Federico, ceñudo y lleno de ira, habla ante el rey.

A su izquierda, rodeada por sus servidoras, vestida de blanco y con los ojos inmóviles llenos de lágrimas, la princesa Elsa escucha su acusación.

Federico dijo:

-“Escucha mi querella, rey Enrique, y que el cielo guíe la espada de tu justicia. Yo acuso ante ti y ante el pueblo a esta mujer de la muerte de su hermano el príncipe Godofredo. Juntos fueron a bosque, y bien entrada la noche volvió sola a mi casa, pálida y espantada, diciéndome que el niño había desaparecido”.

*- "Ninguna razón puede alegar a favor de su inocencia; su palidez, su trastorno, y los crueles remordimientos que desde entonces la atormentan revelan su crimen. Con la muerte de Godofredo ella hereda por ley el dominio de este país, tu feudo.
¡En nombre del pueblo pido justicia contra Elsa de Brabante, la fratricida!"*

Estas palabras llenaron de doloroso asombro al pueblo, que se agita como un oleaje. Elsa, muda y pálida, parece no darse cuenta de nada, con los ojos perdidos en el mar.

El rey Enrique se yergue al escuchar la acusación; cuelga su poderoso escudo de las ramas de la encina, y clava su espada delante de sí en el suelo, y dice solemnemente:

- "Que este escudo deje de protegerme si mi voz no castiga al culpable."

Al oír estas palabras todos los guerreros se despojan de sus armas, que dejan desnudas sobre la hierba. Y hay un hondo silencio de ansiedad.

El rey Enrique exclama:

- "¡Elsa de Brabante! ¿Has escuchado de qué crimen se te acusa?"

Elsa no contesta. Sus labios sólo murmuran en voz baja:

- "¡Pobre hermano mío!"

El rey vuelve a preguntar:

- "¡Elsa de Brabante! "Es terrible la acusación, y débil el juicio humano para sentenciar. ¿Aceptas someterte a la decisión del cielo?" Elsa afirma con un gesto de la cabeza. Y tú, conde Federico, ¿aceptas igualmente la sentencia por un juicio de Dios, sosteniendo con las armas tus palabras?"

Federico responde:

*- "Acepto. He aquí mi espada dispuesta a mantener la acusación.
Hago el llamado, y salga al campo el que quiera defender contra mí, la inocencia de Elsa."*

Entonces cuatro heraldos, se adelantaron al Norte y al Sur, al Este y al Oeste, marcando el campo de la competencia clavando sus lanzas en los cuatro extremos, y hacen sonar los clarines al mismo tiempo, clamando:

- "¡Salga a combatir el que quiera por la inocencia de Elsa de Brabante, en juicio de Dios!"

Nadie se mueve. Los hombres miran con lástima las lágrimas de la princesa, pero ninguno se atreve a defenderla con las armas. El rey espera un largo tiempo, con la cabeza caída sobre el pecho. Después levanta su guante, y la llamada de los heraldos suena por segunda vez. Elsa mira con angustia en torno; pero nadie se adelanta.

Por tercera y última vez suena la llamada de los clarines. Elsa desfallece; los hombres bajan los ojos avergonzados, y un silencio mortal responde al llamado. Pero de pronto, bajando por el río, aparece un misterioso caballero, reluciente al sol, de pie en un barco tirado por un cisne. Su armadura es de plata, y su casco está orlado de largas crines. Trae un cuerno de oro colgado al

cinto, y una capa blanca con una paloma bordada en el pecho. Las bridas del cisne blanco también son de oro.

Al verle un grito unánime se eleva entre la gente:

-“¡Milagro, milagro!”

El caballero llega a la orilla, salta sobre el césped, y acaricia el cuello del cisne, que vuelve río arriba, arrastrando el barco contra la corriente. Entonces avanza lentamente, saluda al rey y al pueblo y exclama:

-“He aquí el paladín que llega de lejos a defender la inocencia.”

Y volviéndose a Elsa le toma sus brazos, y le dice:

*-“Elsa de Brabante: heme aquí dispuesto a defender con las armas tu inocencia.
¿Tienes fe en mi valor? Si alcanzo la victoria, júrame que nunca intentarás penetrar en el misterio de mi vida, que nunca intentarás saber quién soy ni de dónde vengo.”*

Elsa, mirándolo con sus ojos que habían vuelto a la vida, exclama:

“¡Lo juro!” Y el caballero se presentó ante el rey.

Entonces el rey desclava la espada del suelo, golpea con ella tres veces el escudo colgado en la encina, y el juicio de Dios comienza.

De uno y otro extremo de la liza salen los dos paladines, guardando el pecho tras los escudos de bronce. Se acometen con violencia, y retumban sus espadas al chocar.

Al segundo encuentro, el conde Federico cae al suelo herido, y el caballero desconocido le pone la punta de su espada en la garganta:

-“¡Dios ha dado su sentencia contra ti! Tu vida me pertenece. Pero te perdono; arrepíentete.”

Los hombres chocan gozosamente sus espadas; los heraldos retiran sus lanzas, y el rey descuelga su escudo de la encina.

Sobre el escudo real, el pueblo levanta al vencedor y a Elsa de Brabante, aclamando su inocencia.

Ahora, el conde Federico y la hechicera Ortrudis, despojados de sus riquezas y honores, arrastran su vida miserable pidiendo limosna a las puertas de los palacios.

Elsa y el caballero del cisne anuncian su boda, el país de Brabante arde en fiestas para celebrar la felicidad de los esposos. Pero Ortrudis, llena de rabia y ciencia perversa, no olvida su vergüenza. Llega al palacio de Elsa a pedir limosna; la princesa, que se siente plenamente dichosa, se conmueve viendo en tan miserable estado a la orgullosa Ortrudis, descalza y hambrienta; la recibe a su lado, como quien acoge una culebra fría al calor de su pecho. Ortrudis alaba con fingidas palabras la generosidad de Elsa, deseándole larga dicha junto al desconocido. Pero al mismo tiempo vierte arteramente en su alma las primeras dudas con estas palabras:

- "Reine muchos años en Brabante el Caballero del Cisne, y quiera el cielo que el mismo misterio que nos lo trajo no nos lo arrebatase sin que sepamos evitarlo."

Estas palabras emponzoñan el corazón de la princesa. Su amor por el caballero le hace temer el misterio que lo rodea, creyéndole víctima de algún hechizo. Y a medida que la duda se apodera de ella, crece la osadía de Ortrudis, insinuándole nuevas sospechas.

- "¿Por qué no dice su nombre ni su raza?"

"¿Tan vergonzoso es su origen que no se atreve a confesarlo?"

¿Tan poca fe tiene en la que va a ser su esposa, que ni a ella misma quiere descubrirse?"

Elsa arroja de su lado a la perversa Ortrudis, tapándose los oídos para no escuchar esas palabras. Pero su corazón tiembla de dudas y de miedo, y la sonrisa desaparece de sus labios.

Llega el día en que se celebra la boda de Elsa de Brabante y el Caballero del Cisne. Los centinelas de las torres acaban de tocar diana. En la ancha plaza, frente al templo, se congrega el pueblo, apretándose contra la hilera de soldados que guarda el paso del cortejo nupcial.

Del palacio de las mujeres sale la hermosa Elsa, deslumbrante de belleza, seguida de una larga fila de damas.

Del palacio de los caballeros sale el caballero de origen desconocido, seguido de sus pajes y escuderos.

Ante las gradas del templo se unen, y se toman de las manos.

De pronto un mendigo harapiento se adelanta, y se lanza a las gradas altas gritando. Es el conde Federico, excitado por las palabras y consejos de su esposa, la vil Ortrudis.

- "¡Atrás impostores!"

Escúchame, pueblo de Brabante.

El fallo de Dios fue profanado por un sortilegio.

Cuando ese hombre me venció en el campo del juicio nadie se atrevió a desenmascararlo diciéndole estas sencillas palabras: ¿Quién eres?

Nadie lo conoce; un cisne lo trajo misteriosamente, y sus artes de magia le dieron el triunfo. Un hombre así no puede ser nuestro rey.

¡Que declare su nombre y su raza!

¡Que nos descubra su origen!

Si no, aquí delante del pueblo, ¡yo lo acuso de impostor!"

Al escuchar estas palabras miles de manos se alzan furiosas contra Federico, y la multitud del pueblo le rodea amenazador.

El caballero entonces calma a todos levantando su mano y dice:

- "Nobles habitantes. Cuando llegué a vuestro país sólo pedí públicamente una cosa: que mi secreto fuera respetado. Jamás conviviré con aquél que no tenga fe en mí.

No he de contestar al miserable que me interroga. Pero si vosotros quisierais descubrir el misterio, tampoco a vosotros os respondería. Sólo a Elsa contestaré.

¡Que ella me pregunte!”

Y Elsa le respondió, poniéndole su mano sobre los labios:

“Nada necesito saber. Tengo fe en ti, Caballero del Cisne.”

Y el pueblo prorrumpió en exclamaciones; las puertas se abrieron de par en par, y el cortejo nupcial penetró en el templo.

Los esposos ahora están sentados en su habitación, con las manos enlazadas. Por el ventanal se ve la noche clara sobre el jardín, con flores y estrellas. Y Elsa le dice en voz baja:

- “Tú, caballero desconocido para todos, no eras desconocido para mí. En sueños te vi sobre tu barco encantado el mismo día que mi hermano Godofredo desapareció en el bosque. Desde entonces te he amado”.

¡“Qué desdicha no poder, aquí a solas, bendecir tu nombre! Tú me salvaste una vez de la vergüenza y de la muerte. Si un día algún peligro te amenazara a ti, ¡qué felicidad poder dar mi vida para salvarte! ¿Nunca me abandonarás, esposo querido? ¿Acaso volverá el cisne que conducía tu barco a arrebatarte de mi lado?”

Y el caballero de origen desconocido dijo:

“Calla, Elsa; no temas.”

Ella continuó:

- “Me da miedo el misterio que te envuelve. Por milagro apareciste, y temo que desaparezcas milagrosamente también sin que yo pueda hacer nada por evitarlo. ¿Tan terrible es tu secreto, esposo mío?”

Tomándole nuevamente las manos le dijo:

“No temas; nada tenebroso hay en mi vida. Vengo de un país de luz.”

Una profunda alegría brotó en el rostro de Elsa:

- “¡Oh! ¿De cuál? Tus palabras me llenan de confusión. ¿Por qué no puedes decir tu nombre a tu propia esposa?”

Él la miró con ternura:

- “No me preguntes. Guarda siempre la fe jurada.”

Ella insistió:

- “No te dé miedo descubrirte ante mí, que jamás mis labios traicionarán tu secreto. ¿De qué país vienes? ¿Cuál es tu nombre?”

Al escuchar decir estas palabras a Elsa, el caballero se yergue, solemne y grave. Su mirada severa y grave aplasta la infeliz.

-“¿Qué has hecho, Elsa? La felicidad ha huido de nosotros. En ti ha sido más fuerte la curiosidad que el amor y tu juramento. Desdichada, engalánate con tus blancas vestiduras, y vete al amanecer ante la encina de los juicios.

Allí, delante del rey y del pueblo, sabrás mi nombre y mi raza.”

Y lleno de amarga tristeza abandonó la habitación lentamente, mientras Elsa llora sobre el lecho.

En la ancha pradera, a orillas del Escalda, se agolpa el pueblo en torno a la encina. El rey Enrique preside la asamblea, a la sombra del árbol sagrado. Elsa llega, blanca y fría, sostenida por sus damas.

El caballero se adelanta hasta la encina, con su armadura de plata, su casco de largas crines, y su capa blanca, donde hay bordada una paloma. Y con voz firme habla así:

-“Rey Enrique, pueblo de Brabante, escuchen: ante vosotros, lleno de dolor; yo acuso de quebrantar su juramento a esta mujer, a la que ama mi corazón. Contra el juramento que aquí me hizo ha querido saber mi nombre y mi patria. Y voy a declararlos públicamente. ¿Quién de vosotros se preciará de ser más grande que yo?”

Un profundo silencio se hace en la pradera. Elsa, desfalleciendo, cae de rodillas sobre la hierba.

El caballero continúa:

-“Hay en las selvas de Alemania, en un lugar sagrado, un castillo de luz llamado Monsalvat. Allí se guarda el cáliz de la Última Cena, que custodian los hombres puros de corazón. Una paloma celeste vuela hasta ese cáliz todos los años para renovar su esplendor. ¡Es el santo Grial!

Los caballeros que lo guardan quedan investidos de poder celestial, y caminan invencibles por el mundo defendiendo a los inocentes y a los débiles. Pero deben, en cambio, guardar impenetrable el misterio de su vida. Y el día que se descubre, la ley severa del Grial les ordena regresar de nuevo a su país.

De allí vine yo a defender a nuestra Elsa.

Mi nombre es Lohengrin; mi padre es Parsifal, el santo rey del [Grial](#).

Y ahora, pueblo de Brabante, adiós; al descubrirse el misterio mi ley ordena partir.”

Un grito desgarrador se oye en la pradera. Elsa se arrastra de rodillas a los pies de Lohengrin. El pueblo aclama al héroe sagrado, suplicándole que permanezca a su lado. Lohengrin impone silencio a todos. Besa, llorando, a Elsa, que se retuerce de dolor a sus pies.

Entonces, sobre las aguas del río, aparece el cisne remolcando el barco encantado. Lohengrin, triste, acaricia el cuello del cisne, y volviéndose al pueblo habla por última vez:

-“He aquí al pobre cisne, que sufrirá aún más que yo porque Elsa rompió su promesa. De haber transcurrido un año sin romper el juramento a vuestro lado, el cisne se hubiera salvado del sortilegio que le encadena, y hubiera recuperado su forma humana. Porque todos tienen que saber que este cisne es el hermano de Elsa, el príncipe de Brabante.”

Al oír esto, la bruja Ortrudis avanza abriéndose paso a empujones, con los ojos llameantes de gozo infernal, gritando:

*-“¡Yo fui quién lo robó en el bosque, y lo transformó en animal, sujetándole al cuello una brida de oro! ¡Llora a tu príncipe, pueblo de Brabante!
¡Mátenme si quieren; nadie me quitará el placer de mi venganza!”*

Entonces apareció en el aire la blanca paloma del Grial, y empezó a volar sobre el barco. Al verla, Lohengrin cae de rodillas y, comprendiendo el aviso celeste, corta con su espada las bridas de oro. El cisne se sumerge en el agua, y en su lugar aparece un hermoso adolescente, el príncipe Godofredo.

Un grito de admiración conmueve toda la pradera. El joven Godofredo se adelanta a saludar a su pueblo, y abraza luego a su hermana, que lo besa llenándole de lágrimas.

Lohengrin sujeta las bridas al cuello de la paloma, y conducida por ella, el barco se desliza río abajo hacia el mar.

El pueblo despide con tristeza al héroe.

Elsa vuelve sus ojos hacia el río, y cae desmayada en brazos de su hermano.

El barco encantado se interna en el mar; ya sólo se ve a lo lejos, relumbrando al sol, la armadura de plata de Lohengrin.